

Entrevista a

Helen Hester y Nick Srnicek



Helen Hester es profesora de Género, Tecnología y Política Cultural en la Universidad de West London. Sus líneas de investigación incluyen el tecnofeminismo, las políticas reproductivas y el futuro del trabajo. Además, es integrante del colectivo feminista internacional Laboria Cuboniks formado por expertas de distintos ámbitos de conocimiento como artes visuales, programación, filosofía, arqueología o diseño. Entre sus libros se encuentran *Xenofeminismo* (2018), *Después del trabajo* (con Nick Srnicek, 2024), *Beyond Explicit: Pornography and the Displacement of Sex* (2014) y *Fat Sex: New Directions in Theory and Activism* (2015).



Nick Srnicek es profesor de Economía Digital en el Departamento de Humanidades Digitales de King's College en Londres. Doctorado en Relaciones Internacionales, fue editor de *Millennium: Journal of International Studies*. Sus investigaciones están basadas en la interacción de la economía política y la tecnología, y se encargan de analizar tanto las amenazas como las oportunidades que surgen de esa relación. Es autor de *Capitalismo de plataformas* (Caja Negra, 2018) y *Después del trabajo* (con Helen Hester; Caja Negra, 2024), además de coautor del *Manifiesto Aceleracionista* junto con Alex Williams, con quien también publicó *Inventar el futuro. Poscapitalismo y un mundo sin trabajo*.



Luci Cavallero: *En el capítulo 5 de Después del trabajo, hablan de “realismo doméstico” para nombrar la imposibilidad de imaginar otras formas de la organización del trabajo reproductivo por fuera de los límites de la casa. ¿Cómo se podría confrontar y subvertir ese imaginario en tanto funciona en paralelo a un realismo propietario, es decir, el deseo de propiedad individual, aun si cada vez es más materialmente imposible? ¿Creen que hay una potencialidad en la zona de contacto entre los feminismos y las luchas por el acceso a la vivienda? Y la segunda pregunta: ¿Podrían precisar cómo influye la digitalización de la reproducción social en el hogar a la hora de pensar la crítica del trabajo doméstico?*

Helen Hester: Es una buena síntesis del realismo doméstico. Efectivamente, es la idea del hogar como una formación espacial y social que se ha vuelto tan común y está tan arraigada en nuestra forma de pensar qué significa vivir y cómo deberíamos vivir que resulta casi imposible imaginar otra forma de vida. Es una interpretación de la idea de Mark Fisher sobre el realismo capitalista, esta idea de que no hay alternativa. Creo que nuestra forma de vida doméstica refleja eso, y a veces parece que no tenemos elección, que estamos obligados a adoptar determinadas formas. La pregunta de Luci se refiere a si existe un punto de contacto entre la idea de la vivienda propia como fantasía que da vida a lo que significa ser adulto, por un lado, y la idea del realismo doméstico, por el otro. Y creo que lo hay. El realismo doméstico se está desintegrando gradualmente por el hecho de que, bien entradas en la edad adulta, las personas no tienen acceso a este tipo de formas domésticas familiares que se han vendido como ejemplo de cómo deben vivir los adultos. Por un lado, está la idea de que nos movemos por tipos de vida doméstica sin forma, en los que quizás compartimos un departamento, vivimos con alguien más o seguimos viviendo con nuestros padres durante un tiempo. Y luego está la idea de que, con el tiempo, tendremos nuestra propia casa y eso será la señal de que nos habremos convertido en una persona adulta. Así de sencilla y ordenada es la trayectoria de vida que nos han vendido. Ahora, las personas de 30 o 40 años, o más, se encuentran cada vez más con que eso es inaccesible financieramente. Y, al mismo tiempo, las personas que pensaban que el hogar de la



familia nuclear acabaría convirtiéndose en un nido vacío se dan cuenta de que no es así, porque los hijos adultos no pueden mudarse, no pueden pasar a la siguiente etapa de la vida que se prescribe. Esto sigue siendo una norma ideológica, sigue siendo algo hegemónico en términos de cómo están entrenadas las personas para pensar qué desean. Y sigue habiendo una sensación generalizada de fracaso cuando no pueden dar ese paso monumental en la vida.

Al mismo tiempo, debido a que está disminuyendo estadísticamente, esta idea de la vivienda unifamiliar, del hogar nuclear, de la pareja con hijos, se está volviendo cada vez menos dominante en términos de cómo viven las personas. Esto hace que empiecen a cuestionar el realismo doméstico y, quizás, que se abra un espacio para pensar que podrían vivir de otra manera. ¿Existen formas diferentes? ¿Hay formas mejores de hacerlo? Por un lado, creo que eso es estupendo. Es realmente positivo, porque, como intentamos demostrar en el libro, no creemos que la vivienda unifamiliar sea la mejor solución para administrar los cuidados y la convivencia. Pero, por otro lado, tenemos que reconocer que, cuando las personas tienen necesidades materiales que las obligan a vivir en determinadas configuraciones, esto puede dificultar que esas formas florezcan como aspiración. Si nos vemos obligados a vivir de una determinada manera porque no tenemos dinero para hacerlo de otra, no vamos a poder tener una mirada más emancipatoria de cómo podríamos vivir. De hecho, puede que los imaginarios domésticos se acaben retrayendo, ya que parecen desintegrarse hasta cierto punto, porque así es como nos vemos obligados a vivir. Sin embargo, si pudiéramos elegir con autonomía, la forma en la que nos gustaría vivir sería muy diferente a esta.

Así que creo que hay dos corrientes posibles dentro de esta inaccesibilidad a la vivienda propia. Según la primera, pensamos que debemos vivir en una configuración diferente, que tal vez hay mejores maneras de hacerlo, lo cual es genial. Luego, según la otra tendencia, nos vemos obligados a vivir de una manera que no es la que nos gustaría, y eso hace que sea más deseable y más aspiracional tener una vivienda unifamiliar. Cómo avancemos depende de cómo podamos convencer a las personas de que quizá no quieran vivir en una vivienda unifamiliar, aunque tengan los medios para hacerlo. Puede que haya otras razones



importantes, aparte de las necesidades materiales básicas, por las que queramos vivir juntos de otra manera.

Nick Srnicek: Responderé a la segunda pregunta. La digitalización de la reproducción social en el hogar ha sido probablemente la mayor transformación tecnológica que hemos visto en los últimos 50 años en el espacio doméstico. Una de los aspectos que señalamos en el libro *Después del trabajo* es que en realidad no ha habido muchos cambios tecnológicos en el hogar desde la década de 1950 y principios de 1960, y que, en la práctica, muchas personas han vivido en los mismos espacios durante estas últimas décadas. Dicho esto, hoy en día, gran parte del trabajo de reproducción social se está digitalizando, en particular con las plataformas de reparto de comida, de cuidados, de limpieza. Estos servicios nos permiten acceder a un mercado laboral de trabajadores que vienen y hacen diversas tareas domésticas por nosotros. Esto es bastante interesante en lo que respecta a la crítica radical y tradicional del trabajo doméstico, sobre todo si pensamos en la década de 1970, y el movimiento por el trabajo doméstico asalariado. Básicamente, según el movimiento por el salario para el trabajo doméstico, había muchas personas que realizaban este trabajo en el hogar, que era trabajo y que no era remunerado. Y la propuesta radical consistía en que debían recibir un salario por este trabajo doméstico. Ahora bien, esto también tenía una especie de trasfondo crítico. No se trataba solo de convertirlo en un trabajo. La idea era que el sistema comenzaría a desmoronarse al tener que pagar salarios por el trabajo doméstico. Sin embargo, lo que sucede hoy con la digitalización de la reproducción social es que, de hecho, se paga un salario por las tareas del hogar, en muchos sentidos. Tenemos todo un grupo de personas que hacen las tareas del hogar por un salario determinado. Es un giro desde esa crítica radical clásica del trabajo doméstico y de esa concepción radical hacia una idea bien capitalista de cómo debería llevarse a cabo el trabajo doméstico. Una consecuencia interesante de esto son las desigualdades que emergen en términos de quién puede pagar por este tipo de trabajo, por un lado, y de quién lo realiza, por el otro. Y puede que, en algún momento, efectivamente cada ama de casa —independientemente de si pertenecía a la clase trabajadora o a la clase alta o a algo intermedio— realizaba



estas tareas domésticas. Sin embargo, hoy en día, hay una brecha cada vez mayor entre las clases más ricas, que pueden permitirse que alguien haga este trabajo por ellas, y todas las demás, que realizan este trabajo no remunerado en su casa y luego van a la casa de otras personas para hacerlo por un salario. Esta es una de las principales consecuencias de la digitalización de la reproducción social.

Daniel Álvaro: *Dentro del amplio campo del postrabajo, ustedes tienen una perspectiva singular. Se interesan especialmente por el trabajo reproductivo o trabajo de la reproducción social. Según su posición, es necesario reducir el trabajo reproductivo no remunerado, no tanto porque esto les permita a las personas acceder a más trabajo asalariado, ni tampoco porque el trabajo reproductivo sea poco placentero, sino más bien porque reducir el tiempo de trabajo no remunerado es condición de posibilidad para disponer de más tiempo libre. Cito un pasaje del libro *Después del trabajo*: “La lucha contra el trabajo es la lucha por el tiempo libre”. Mi pregunta es: ¿Qué lugar ocupa su posición dentro del pensamiento contemporáneo del postrabajo? ¿De qué posiciones críticas se sienten cerca y con cuáles sienten que la distancia teórica es irreconciliable? En el último capítulo de *Después del trabajo*, ustedes retoman la pregunta que se hace Martin Hägglund en su libro *Esta vida*. La pregunta es: ¿Qué debemos hacer con nuestro tiempo? Me gustaría saber cómo responden a esta pregunta hoy, es decir, no en las condiciones deseadas de una sociedad poscapitalista, sino en una en la que estamos obligados a trabajar para vivir y, por lo tanto, en la que la necesidad se impone a la libertad. Otro modo de plantear esta misma pregunta, que es evidentemente ética y política, sería la siguiente: ¿Qué debemos hacer en las condiciones actuales con esa porción de tiempo, cada vez menor y de peor calidad, en la que no estamos obligados a trabajar?*

HH: Uno de los aspectos a los que apunta tu primera pregunta es que el postrabajo no es algo singular. En cierto modo, es bastante difícil hablar de *una* política de postrabajo, porque solo existe en plural. Se pueden encontrar corrientes de postrabajo en las tendencias socialdemócratas, anarquistas y comunistas, y no todas coinciden exactamente, sino que a veces existe un estado de tensión. Por lo



tanto, creo que es mejor evitar considerar el postrabajo como un conjunto de propuestas políticas rígidas, porque a veces se piensa que el postrabajo es la suma de la reducción del tiempo de trabajo, la renta básica universal y la automatización completa, y punto. Creo que se trata más bien de una reunión de cosas parecidas dentro del filosofar y del activismo político en torno al trabajo. Y, para mí, la tendencia más útil —y esto lleva a tu segunda pregunta— es la relación con este conjunto más amplio de objetivos. No se trata solo de las propuestas políticas en sí mismas, sino de que estas propuestas existen porque nos orientan hacia la libertad. Esta idea de que la libertad, del tiempo libre, es esencialmente la versión del postrabajo a la que me siento más cercana. Es como un proyecto utópico que se construye sobre reformas no reformistas. Es una utopía, es algo que, estructuralmente, siempre estará fuera de nuestro alcance, pero es algo por lo que podemos luchar. Creo que me siento más cerca de esa posición, cuando lo entiendo no como un conjunto de propuestas políticas, sino como una orientación filosófica más amplia hacia la libertad y relacionada con esta búsqueda activa para trabajar hacia esa libertad de una forma u otra.

NS: Además, creo que esta cuestión de por qué reducir el trabajo reproductivo no remunerado es absolutamente esencial. La respuesta a esta pregunta determina muchas cosas, sobre todo porque muchos estados de bienestar contemporáneos acuerdan en que hay que reducir el trabajo reproductivo no remunerado. Y la razón, según los estados de bienestar, es que quieren que más mujeres se incorporen a la fuerza laboral, quieren una mano de obra más numerosa, quieren más personas trabajando. Voy a citar un ejemplo muy concreto: en el Reino Unido, es posible recibir ayudas del Gobierno para el cuidado de los niños, pero se debe tener un trabajo para acceder a ellas. Así que esa ayuda para una guardería solo existe si se trabaja. El objetivo del programa no es dar más libertad a las personas, sino darles más tiempo para el mercado laboral. Otro ejemplo concreto es el de Francia, donde los esfuerzos por reducir el trabajo reproductivo no remunerado se enfocaron en convertir el trabajo doméstico en trabajo asalariado para generar más puestos de trabajo en el mercado laboral. Por lo tanto, para el Gobierno es una especie de plan de empleo. Estas son posturas absolutamente opuestas a lo que estamos



defendiendo. Si bien ambas se centran en la idea de que debemos reducir el trabajo doméstico no remunerado, las consecuencias y las implicaciones de las propuestas de estado del bienestar, por un lado, y lo que estamos defendiendo nosotros, por el otro, son muy diferentes.

HH: Sí, también creo que cualquier proyecto de libertad está incompleto si solo se centra en el trabajo asalariado o en el trabajo en general. Hacia el final de *Después del trabajo*, llegamos a la conclusión de que se trata de una faceta de un proyecto más amplio de posescaez y poscapitalismo. No basta con pensar solo en términos de trabajo, sino que el trabajo, al igual que la vivienda, es en realidad un eje muy importante en términos del esfuerzo hacia estos horizontes poscapitalistas.

NS: El libro de Martin Hägglund es estupendo y está muy bien escrito. Es muy evocador. Esboza un proyecto de postrabajo de una manera muy bien fundamentada en relación con la pregunta de qué deberíamos hacer con nuestro tiempo libre. Creo que es un gran interrogante para el postrabajo. Y creo que, problemáticamente, para responder a esa pregunta, muchas veces se insiste en que deberíamos hacer algo muy específico una vez que tengamos más tiempo libre. Y, en realidad, esto es un problema. Creo que la verdadera reivindicación radical del postrabajo es que, de hecho, podemos hacer lo que queramos. El objetivo es maximizar la libertad y las opciones autónomas fuera del trabajo a fin de reducir la necesidad de trabajar tanto como sea posible para darnos más tiempo de hacer lo que queramos. La inmensa mayoría de las personas encontrarían algún proyecto del que les gustaría participar, individual o colectivamente, como parte de su comunidad, como parte de un grupo más grande. Hay algo con lo que querrían contribuir. Pero la mayoría de nosotros estamos agotados, sobre todo quienes son padres, y también queremos tener tiempo para dormir más. Y, si esa es la respuesta a la pregunta sobre qué hacer con el tiempo libre adicional, no creo que haya nada malo desde el punto de vista moral. Creo que es muy importante mantener este espacio abierto sobre qué hacer con el tiempo libre que tenemos.



HH: Sí. Yo agregaría que no se trata solo de no ser prescriptivos para permitir que las personas hagan lo que quieran cuando no están trabajando. En realidad es una forma de reconocer que el deseo humano es mutable, que, a medida que las condiciones técnicas y sociales cambian y evolucionan, también cambia lo que queremos y podríamos querer. No sabemos lo que podríamos querer en el futuro. Así que al decir que, cuando tengamos menos tiempo para trabajar, todos haríamos algo determinado, estaríamos negando este elemento de lo desconocido. Por ejemplo, ¿qué tipo de personas podríamos ser en una sociedad poscapitalista? Tenemos que mantener ese espacio abierto para algo que todavía no podemos prever. Y, en cuanto a qué deberíamos hacer ahora con el tiempo en que no estamos obligados a trabajar, no es algo que se pueda prescribir, porque, por el momento, el espacio que tenemos fuera del trabajo suele ser un espacio de recuperación. No es tiempo que dedicamos a lo que queramos ni tiempo libre propiamente dicho. Es tiempo para revivir antes de tener que volver a trabajar. En realidad, creo que deberíamos poder hacer lo que tengamos que ganas hacer, y eso varía en función de cada persona. Yo no juzgaría a nadie si no empleara ese tiempo en hacer activismo político radical o en ir a una reunión. A veces solo necesitamos parar. Y no necesitamos que la ética del trabajo se cuele también en nuestra forma de concebir el tiempo libre. ¡Seamos improductivos! (risas).

Hernán Borisonik: *En el contexto actual, por el solo hecho de estar en línea, todo el mundo se ha convertido en trabajador precario, en trabajador en línea, para algunos pocos centros muy concentrados de poder digitalizado. La simple existencia en redes sociales o el estar en internet ya nos hace de algún modo productores de valor para ciertos sectores muy concentrados. Al mismo tiempo, los trabajos de cuidado son cada vez más necesarios, pero quienes hacen esos trabajos son también, simultáneamente, trabajadores en línea. Entonces, vinculando estas dos cuestiones, ¿cómo piensan que podríamos repensar las formas de planificación económica que nos permitan trascender este momento inmediato de poscapitalismo o capitalismo posindustrial y apuntar a sociedades o sujetos menos vulnerables con más tiempo libre?*



HH: Sí, es muy cierto que los cuidadores son también trabajadores en línea, porque en realidad la infraestructura digital del capitalismo tardío es ineludible. No solo da forma al trabajo asalariado, sino que muchos cuidadores de plataforma se ven obligados a trabajar con horarios en línea. Reciben notificaciones de dónde tienen que estar y qué tienen que hacer, de la dirección de las personas, etcétera. Están en contacto con los clientes a través de ellas. Además, con las plataformas de trabajos de cuidado, hay una expectativa creciente de que también hay que generar confianza a distancia con las personas que se convertirán en nuestros clientes, porque es una situación muy singular, a diferencia de los servicios de reparto de comida o de taxis, en los que se da una cercanía física transitoria y relativamente breve. A menudo, con los trabajos de cuidado de ancianos o de niños, hay alguien que va a entrar en el entorno familiar de otra persona. Por eso, los usuarios de estas plataformas digitales tienen que hallar atajos para generar confianza. Muy a menudo vemos la necesidad de vincular el perfil de las plataformas de asistencia con el perfil en las redes sociales y la necesidad de decir que tenemos determinadas habilidades para ofrecer: “Soy deportista, me gusta la música y aquí hay una foto mía”. Existe una necesidad de utilizar las plataformas de cuidado como una forma de presentación personal. Así que sí, en ese sentido, es muy cierto que son trabajadores en línea. Pero no es solo el trabajo asalariado, es todo. Si tenemos que programar un turno con el médico o pagar una factura o subir los deberes de nuestros hijos o lidiar con muchos de los aspectos básicos de la vida actual, hay una expectativa cada vez mayor de que lo hagamos a través de una plataforma digital. Esta infraestructura digital ineludible hace que todos seamos trabajadores en línea, ya sea asalariados o no asalariados.

NS: Uno de los desafíos del libro es que, en algunos sentidos, las ideas de la política del postrabajo de reducir el trabajo necesario parecen antagónicas a lo que podríamos querer para el trabajo reproductivo. Si los teóricos del postrabajo dicen que hay que reducir el trabajo y los del trabajo reproductivo dicen que necesitamos más trabajos de cuidado, ¿cómo lo logramos? ¿Es solo una intención? Y una gran parte del libro está dedicada a pensar cómo puede encajar todo esto. En una sociedad poscapitalista, los trabajos de cuidado se convierten de repente en algo



con lo que es muy difícil lidiar, pero que es absolutamente esencial, en el sentido de que, en este mundo ideal en el que habremos reducido en gran medida el trabajo necesario que hacemos hoy, también nos permitirán proporcionar más cuidados a las personas que los necesitan y que hoy carecen de ellos. Pero, para ello, se requiere exactamente la planificación económica que mencionaste. No puede ser una simple organización de mercado espontánea y descentralizada. Tiene que ser algo que garantice que todo el mundo contribuya con su parte justa, que reconozca las contribuciones de las personas y que garantice que todo el mundo tenga la misma cantidad universal de tiempo libre para poder vivir su vida sin dejar de realizar estos trabajos de cuidado. Es una cuestión difícil. En el libro, no tratamos de trazar un plan de acción sobre cómo debería estar organizado el trabajo en un mundo poscapitalista, precisamente porque estos planes no son un buen modelo de lo que va a ser el futuro. Son más ciencia ficción que otra cosa. Así que intentamos establecer algunos principios básicos. Y uno de los principios clave, en términos del trabajo reproductivo, es que se reparta equitativamente entre todos, que todo el mundo tenga que contribuir a la reproducción social necesaria para que la sociedad perdure. Ahora bien, esto significa que algunas personas harían menos trabajo reproductivo, porque ya están haciendo mucho. Pensemos, por ejemplo, en las personas que pasan las 24 horas al día, los siete días de la semana, cuidando de su pareja anciana o algo por el estilo. En cambio, es posible que otras personas —por ejemplo, un banquero que le paga a alguien para que cuide a sus hijos y a sus padres— tengan que hacer más trabajo reproductivo en el mundo poscapitalista que imaginamos. Se trata de repartir equitativamente el trabajo necesario restante, del que los trabajos de cuidado son una parte fundamental.

HH: Sí. Hablamos de las tres *R*: reconocimiento, redistribución y reducción de este trabajo. En primer lugar, tenemos que reconocer que es un trabajo, lo que no siempre se da por sentado. Con algunas personas hay que argumentar que la labor de cuidar a un familiar requiere mucho trabajo. No es necesariamente una erupción espontánea de la personalidad de género. Al contrario, es algo a lo que hay que dedicar mucho tiempo y esfuerzo, a menudo en detrimento del propio bienestar. Luego está la redistribución. Nick hablaba de encontrar formas de organizar y



compartir este trabajo que sean justas y equitativas sin imponerle nada a nadie. Se trata simplemente de cambiar la forma en la que lo hacemos, porque, en la actualidad, gran parte de este trabajo recae en la familia. Esta no es la forma más adecuada de hacer frente a las necesidades de atención social, ya que vuelve privados muchos de estos aspectos e impone una carga a determinadas personas, mientras que otras ni siquiera piensan en ello. Por último, está la reducción, y aquí es donde está la provocación del texto sobre el postrabajo. Se habla mucho de las dos primeras: los trabajos de cuidados son muy importantes, sí. Hay que celebrar los trabajos de cuidado, muy bien. Tenemos que asegurarnos de que se organicen de forma equitativa, sí, eso es muy importante. No podríamos haber sostenido la tesis del libro sin hacer esas afirmaciones, pero suele quedarse ahí. Así que tenemos esta idea de que el futuro del mundo sin trabajo es en verdad un mundo sin *algunos* trabajos, en el que la vaca sagrada de los trabajos de cuidado, el trabajo de hacer la vida, no se toca. Y, a menos que esto se incorpore de forma enfática en los proyectos políticos, existe el riesgo de que las desigualdades de género se terminen reciclando.

La provocación de *Después del trabajo* es postular que hay aspectos de este trabajo que son indeseables. Si una parte de él se hace por el bien del capital y no por la comunidad, si no son actividades libremente elegidas, entonces no hay razón para excluirlas de antemano de los horizontes de nuestro pensamiento político en términos de cómo reducir parte de este trabajo. Porque hay formas mediante las que mantenemos estos espacios que realmente no aportan nada al bienestar de las personas. Pero, aun así, se las anima a que las lleven a cabo. Planchar es siempre mi ejemplo favorito, porque ¿qué hace en la práctica para mejorar la vida de las personas? Nada. Y, sin embargo, sigue existiendo la expectativa de que es algo que debemos hacer como un acto de amor, por ejemplo, debemos planchar el uniforme escolar de nuestros hijos. Y hay todo tipo de ejemplos diferentes de tareas que hacemos para ayudar a entrenar a las personas a vivir y a sobrevivir bajo un determinado tipo de régimen de trabajo, que podríamos reducir sin reducir el bienestar, ya sea individual o colectivo. Así pues, lo que distingue a la propuesta de *Después del trabajo* es que nos negamos a pretender que este trabajo deba celebrarse y compartirse sin más. Lo cierto es que hay elementos que son horribles,



difíciles, desagradables, que no son fines en sí mismos. E, incluso si siguen siendo necesarios de alguna forma, no deberían escapar a ese amplio horizonte en el que cuestionamos cómo maximizar la libertad y minimizar la necesidad. Estos también forman parte de eso. Eso es lo distintivo del libro.